



Rüdiger  
Safranski

---

# SER ÚNICO

---

Un desafío existencial

---

TUSQUETS  
EDITORES

Rüdiger Safranski  
**SER ÚNICO**  
Un desafío existencial

Traducción del alemán de Raúl Gabás

TUSQUETS  
EDITORES

Título original: *Einzeln sein. Eine philosophische Herausforderung*

1.<sup>a</sup> edición: abril de 2022

© 2021 Carl Hanser Verlag GmbH & Co. KG, München  
Derechos gestionados a través de Ute Körner Literary Agent –  
[www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)

© de la traducción: Raúl Gabás Pallás, 2022  
Reservados todos los derechos de esta edición para  
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona  
[www.tusquetseditores.com](http://www.tusquetseditores.com)  
ISBN: 978-84-1107-100-0  
Depósito legal: B. 4.087-2022  
Fotocomposición: David Pablo  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S.L.  
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# Índice

Nota preliminar . . . . .	11
1. El Renacimiento y el renovado sentido de la individualidad. . . . .	13
2. Lutero o el individuo y su Dios . . . . .	35
3. Montaigne. La oscilación de las cosas y el refugio en el propio sí mismo . . . . .	51
Primera reflexión intermedia . . . . .	71
4. Rousseau. El individuo y el miedo a la libertad de los otros. . . . .	77
5. Diderot. El individuo como genio sociable	93
6. Stendhal o el individuo con estilo. . . . .	107
Segunda reflexión intermedia. . . . .	119
7. El único de Kierkegaard y el descubrimiento de la existencia. . . . .	123
8. Stirner. El único, que ha cifrado su «causa» en la nada. . . . .	147
9. Thoreau. Retirada y aislamiento como experimento. . . . .	163

Tercera reflexión intermedia . . . . .	177
10. La ley individual de Stefan George y Georg Simmel, el demonio interior de Max Weber . . . . .	181
11. La fe de Ricarda Huch y la crítica de la despersonalización. . . . .	201
12. A la sombra de la época de las masas . .	215
13. Filosofía existencialista. Jaspers y Heidegger . . . . .	241
14. Hannah Arendt. El poder comenzar y el dos en uno . . . . .	267
15. El giro de Jean-Paul Sartre en la guerra. Del existencialismo individual al comprometido . . . . .	283
16. Ernst Jünger. El individuo como jefe de tropa de choque y caminante del bosque . . . . .	303
Reflexión final . . . . .	315
Apéndices	
Bibliografía. . . . .	325
Notas. . . . .	341
Índice onomástico . . . . .	361

## El Renacimiento y el renovado sentido de la individualidad

Cada uno de nosotros es un individuo. Pero no todos están de acuerdo, ni se hallan dispuestos a dar algún paso en relación con esa condición de su ser. Se trata siempre de la manera como el individuo asume y lleva los problemas de su singularidad, por ejemplo, la soledad o los acontecimientos del destino, debidos a la índole biológica y a las casualidades sociales. ¿Los asumimos o estamos en desacuerdo con ellos?, ¿intentamos esconderlos ante nosotros mismos y ante los demás? ¿Desarrollamos nuestra singularidad o nos igualamos a los demás? Por lo general, asumimos un término medio; sin embargo, también huimos a lo no propio, con lo cual nadie es él mismo, sino que cada uno es como los demás.

Quien como individuo singular descubre y asume su singularidad, ciertamente quisiera pertenecerse a sí mismo, pero también estar unido a otros. Esta tensión es permanente. Pues podemos padecer la singularización contra nuestra voluntad, y también podemos asumirla de manera voluntaria luchando por su peculiaridad. A este respecto se relajan los vínculos con la familia y con otras instituciones sociales. El que se percibe a sí mismo como individuo singular está

en lo libre, sin que por ello se sienta ya liberado. Pues advierte en qué medida está pendiente del reconocimiento, sea de manera oculta, o bien explícita. El individuo que reivindica su peculiaridad no se conforma con pertenecer sencillamente a la manera de ser común; más bien, quiere ser reconocido en lo que lo distingue de los demás. Lo que ha de reconocerse no es el ser igual, sino la diferencia.

Con respecto a la individualidad pueden distinguirse tipos de sociedad, según que estos favorezcan lo individual e incluso lo eleven a fin social, o bien lo coarten. Por tanto, no solo es cuestión de cuánta singularidad quiere y soporta el hombre en general, sino también de qué factores propicios o adversos encuentra en la sociedad.

Muchas cosas hablan a favor de que, sobre todo en Europa occidental, se ha dado y se da una evolución social encaminada a la individualización. Recientemente Andreas Reckwitz, con la mirada puesta en la modernidad tardía, ha hablado de una *lógica de lo singular*.<sup>1</sup> Norbert Elias ya había analizado los rasgos fundamentales de esta evolución, y Jacob Burckhardt la ha descrito mediante el ejemplo del Renacimiento italiano, que, después de la Antigüedad griega, sin duda es la segunda irrupción mayor de una cultura individual.

Si el individuo presta atención a sí mismo, tiende a contraponerse a la sociedad en conjunto, como si se tratara de dos sustancias, aquí dentro el yo, allí fuera la sociedad, y entre ambos polos el juego de las acciones recíprocas. Norbert Elias hace referencia a la ilusión óptica que está en la base de este modelo. En

efecto, nunca estamos simplemente frente a la sociedad, pues siempre estamos y permanecemos contenidos en ella, incluso cuando suponemos que nos distanciamos de ella. La individualización misma es un proceso social. No se opone a la sociedad, sino que es el resultado de una diferenciación social, que permite al individuo tenerse por importante. El yo que se contrapone a la sociedad en su supuesto carácter inconfundible es víctima de un autoengaño y se niega a ver que la «sociedad [...] no solo es lo que hace igual y confiere lo típico, sino también lo que individualiza».<sup>2</sup> De ahí surge necesariamente una relación tensa entre individualidad y dimensión social, entre el yo y nosotros. Norbert Elias, considerando esta relación tensa, constata: «En los primeros estadios [...] el balance del nosotros-yo en general tendió a inclinarse claramente hacia la parte del nosotros. Y en los tiempos modernos muchas veces tiende a inclinarse con fuerza hacia la parte del yo».<sup>3</sup>

En la época del Renacimiento italiano, en el umbral de la época moderna, se había mostrado con brillantez esta fuerte referencia al yo. Jakob Burckhardt describe el giro hacia la individualización del mundo y de la percepción de sí mismo:

En la Edad Media las dos partes de la conciencia, la que se dirige al mundo y la que gira hacia el interior del hombre mismo, permanecen soñando o semidespiertas, como si estuvieran bajo un velo común. El velo estaba tejido de fe, timidez infantil y delirio; el mundo



y la historia, vistos a través de él, aparecían bajo un color prodigioso. Pero el hombre solo se conocía como raza, pueblo, partido, corporación, familia o, por lo demás, bajo alguna forma general. Solo en Italia se desvanece en el aire este velo; surge una manera objetiva de considerar y tratar el Estado y todas las cosas de este mundo en general; y colateralmente se alza con pleno poder lo *subjetivo*; el hombre se convierte en *individuo* espiritual y se conoce como tal.<sup>4</sup>

Las relaciones sociales y económicas en el norte de Italia, donde tuvo lugar el nacimiento del individuo en el sentido indicado por Burckhardt, se hallaban en un nivel de evolución que en el resto de Europa solo se consiguió en generaciones posteriores.

En el plano político, el norte de Italia carecía de un espacio homogéneo, dominado por un poder central; ni el Sacro Imperio Romano, ni el papado de la Iglesia universal eran suficientemente fuertes para impedir el ascenso de las ciudades-Estado, en especial la de Florencia. Por tanto, tampoco en el plano político predominaba la «forma de lo universal» (Burckhardt); prevalecía más bien el poder particular de las ciudades, que competían entre sí con extrema violencia. Los señores particulares de las ciudades, ya fueran republicanos o autocráticos, en la arena del policéntrico juego de fuerzas se comportaban como individuos tenaces, empeñados en circunscribirse, afirmarse y, dentro de lo posible, extender la esfera de su poder. Esta competencia de los poderes, en parte asesina, desencadenó a la vez una dinámica cultural sin precedentes. Había dominios particulares, no institu-

ciones superiores. Lo general desapareció en lo particular. El Papa, la auténtica cabeza espiritual de Occidente, era un poder entre otros. Dominaban los Sforza en Milán, los Médici en Florencia, en Mantua los Gonzaga, en Ferrara los Este; y a esas ciudades se añadían las repúblicas marítimas de Génova y Venecia, que miraban más allá de Europa. Los Estados Pontificios no pasaban de ser un poder entre otros, y, junto con el reino aragonés de Nápoles desde el sur, y el emperador y el rey francés desde el norte, esperaban la oportunidad de intervenir en esta Italia nórdica, astillada en el poder político y culturalmente floreciente, convertida en un temprano laboratorio de la modernidad en Europa. Cuando más tarde los poderes centrales, primero Francia y luego los Habsburgo, erigieron su soberanía sobre este espacio, y con ello pusieron fin a la fragmentación política, quedó también atrás el florecimiento cultural, lo que muestra de nuevo que las configuraciones políticas unitarias no favorecen sin más el desarrollo cultural. Así sucedió ya en la Grecia antigua, que floreció culturalmente en la época de las numerosas ciudades-Estado y perdió su productividad cultural cuando ya era solo parte del Estado macedónico y luego del Imperio romano. También Alemania llegó a su mayor florecimiento cultural en torno a 1800, en un país políticamente escindido, mientras que la fundación del Reich en 1870 trajo consigo la pérdida de nivel cultural. En todo caso, el espacio astillado en el plano político, este individualismo a nivel superior de las diversas configuraciones de poder en el norte de Italia, forma parte de los presupuestos de un Renacimiento que en general favore-

ció y dio expresión a la individualidad en su nueva conciencia de sí.

El individualismo del Renacimiento significa que el individuo es incitado o incluso forzado a tomar conciencia de sí, pues pierden su autoridad los vínculos tradicionales, las leyes y los mundos de la fe. Esto es también una consecuencia de la economía monetaria, la cual se impone aquí con clara anterioridad al resto de Europa. El dinero cosifica las relaciones de poder y aísla a quienes, en el campo, desligados del vínculo feudal, se convierten en nuevos arrendatarios, y en las ciudades, desligados de la coacción de los gremios, pasan a formar parte de los llamados trabajadores libres. También esto significa individualización, pues implica tener que enfrentarse como individuo particular a los señores de la economía. En los rangos superiores de la sociedad han desaparecido la caballería y los señores feudales, para dejar un espacio libre a una aristocracia económica que no se legitima por el origen, sino por el éxito económico. La Lombardía y la Toscana experimentan en la época del Renacimiento un florecimiento del capitalismo temprano, que con sus cálculos de ganancias y su espíritu calculador invade ámbitos auténticamente sociales, no solo en el campo económico. La economía monetaria se extiende también al campo religioso e idea el tráfico de indulgencias; la Iglesia se convierte en un banco, donde se depositan los tesoros espirituales de la gracia, las buenas acciones del pasado y el martirio de los santos, y se cambian por dinero contante y sonante. Se trataba de un refinamiento metafísico en la economía pública, con asentamiento en cuenta bajo la forma de

sagradas creaciones de valor económico. Llegar a semejante idea es un ejemplo de cómo el nuevo espíritu del dinero despierta por doquier iniciativa empresarial, curiosidad y fuerza inventiva. El mercadeo con las almas financia la construcción de la catedral de San Pedro, y el comercio marítimo conduce en sus viajes a los grandes descubrimientos, hasta dar la primera vuelta al mundo. Leonardo da Vinci no solo pinta la sonrisa enigmática de la Mona Lisa, sino que además le resulta útil a César Borgia con sus experimentos en la técnica de las armas.

Es grande la altivez de los que se sienten individuos singulares. Ellos saben que lo son, y disfrutan el hecho de distinguirse de los otros. Acerca de algunos hombres, Leonardo da Vinci anota en su *Diario filosófico*: «... no son más que un saco en donde entra y de donde sale lo que comen. [...] Debiera llamárseles fabricantes de estiércol y rellenos de letrinas, porque no es otro su oficio en el mundo. Letrinas llenas, es todo lo que queda de su paso por la Tierra».<sup>5</sup>

He aquí una mirada orgullosa, despiadada, despojada de sentimientos hacia aquellos de quien quiere diferenciarse el que se siente un gran individuo. Es obvio que también llena la letrina. Pero esa persona espera dejar algunas huellas inconfundibles, e incluso imperecederas. En el Renacimiento comienza a ser habitual firmar los cuadros. Leonardo da Vinci conserva incluso sus esbozos, algunos de ellos también con su firma. Hay que procurar que sea poco lo que se pierda, pues se trata de «dejar algún recuerdo en el espíritu de los mortales. Para que este nuestro pobre currículo no transcurra en vano...».<sup>6</sup>

Palabras bastante humildes si las comparamos con otras manifestaciones de orgullo artístico. A Tiziano le gustaba contar que el emperador Carlos V, mientras el pintor realizaba su retrato, le recogió del suelo el pincel que se le había deslizado de las manos. Y cuando a Miguel Ángel le reprocharon que los dos bustos de los Médici no tenían ninguna semejanza con los representados, se dice que contestó: «¿A quién llamará la atención eso dentro de diez siglos?». <sup>7</sup>

Un siglo antes, la mayoría de los artistas plásticos solían permanecer en el anonimato, todavía bajo la sombra de sus corporaciones, gremios y hermandades. Ahora salen a la luz. El arte se emancipa del espíritu del artesano. Tiene que ofrecer algo totalmente individual. Lo impulsa algo superior a toda razón. Ya no es la altura religiosa, como en la anterior tradición. El arte tiene ahora su propio cielo, y el artista se convierte en genio. En el Renacimiento aparece el culto artístico al genio. Rafael fue llamado «el divino» ya en vida. A este respecto no se pensaba en un mandato religioso. Es suficientemente conocido que estos artistas elegían personas devotas, sin ser ellos mismos especialmente devotos. Con frecuencia a sus cuadros les faltaba la humildad frente a sus objetos y temas sagrados. Se trataba sobre todo del «cómo», no del «qué». Es el propio artista el que quiere mostrarse. La importancia fuertemente sentida de lo subjetivo quiere afirmarse frente a la tradición de lo objetivo. Pero esta subjetividad todavía no era expresiva sin escrúpulos, pues se mantenía dentro de los límites de un ideal vinculante de belleza. Sin embargo, la belleza ya no se tenía por algo objetivamente dado; se consideraba más

bien como resultado de una transformación en el espíritu de lo subjetivo, como algo intencionado, y también reflexivo, que se debe a la voluntad de originalidad. La belleza descansa en las cosas, pero el sujeto tiene que hacerla visible. Así la belleza aparece como una unión lograda entre lo subjetivo y lo objetivo. Vasari nos transmite la anécdota de un moribundo que al recibir la extremaunción se negó a besar la cruz porque no la encontraba suficientemente bella.

Es el hombre de buen gusto, en definitiva el artista, el que hace aparecer la belleza en las cosas y en los seres humanos, ejerciendo un sacerdocio secularizado. El artista ilumina el mundo, lo hace brillar en la belleza; pero ¿sirve también al conocimiento? En su *Diario filosófico* Leonardo da Vinci se plantea la pregunta de qué distingue a las artes plásticas de la ciencia, por cuanto ambos campos sirven a la representación imitativa de lo real. Su respuesta es: «Las artes plásticas revisten tal excelencia, que no solo se centran en las manifestaciones de la naturaleza, sino que producen infinitamente más manifestaciones que ella».<sup>8</sup> Estas manifestaciones son por completo algo interno y propio, que constituye la respectiva originalidad del artista. Y no basta que este mundo dormite en el artista; más bien, tiene que salir afuera, aparecer, hacerse perceptible y comprensible para los otros. El individuo ha de poder expresarse en las formas del lenguaje, con sus signos de carácter general. Usando los conceptos de «sustancia» y «accidente» según la terminología escolástica medieval, las personas corrientes serían la sustancia del universal ser humano, y sus atributos corresponderían a las propiedades indivi-

duales. Pero en el artista sucede a la inversa: la sustancia es su individualidad, y el lenguaje de las formas generales en las que se expresa son los atributos externos.

Pero ¿qué diremos cuando no se expresa la interioridad completa, o sea, cuando el artista tan solo deja presentir algo, sin llevarlo realmente a la forma? Aquí Leonardo se distancia de algunos de sus colegas, que se quedan en presentimientos e insinuaciones y aluden a misterios místicos que no pueden representarse, a veces con una mirada piadosa. «El mayor mal es que el pensamiento desborde la obra»,<sup>9</sup> anota Leonardo. No vale la intención, sino solamente lo que se ha hecho en verdad forma. La creación se logra solo cuando lo meramente posible se hace real. Es creador quien transforma posibilidades en realidad, a la manera como Miguel Ángel dice de la piedra que en ella descansa ya la forma y es necesario sacarla a la luz, o sea, transformarla de posibilidad en realidad.

La Edad Media, por veneración a la creación divina, cree que debe aferrarse a los límites de la imitación. Ahora, en cambio, no solo se imita la creación, sino también el propio acto de la creación divina, que como libertad creadora es acogida en la orgullosa conciencia que el artista tiene de sí mismo.

Pico della Mirandola rebosa de euforia del artista en su famoso tratado programático *Sobre la dignidad del hombre*, con el que en 1486 pensaba abrir en Roma un debate entre los mayores filósofos. Pero nadie osó medirse con él, por más que se mostrara dispuesto a pagar los gastos del viaje a la ciudad. En cualquier caso, ese proyecto provocó los recelos de las instan-

cias papales. Pico della Mirandola escribe que Dios habló así al hombre en el último día de la creación:

Te he puesto en el centro del mundo, para que desde allí mires a tu alrededor y veas lo que hay en él. No te hemos creado ni como ser celeste ni como ser terrestre, ni como mortal ni como inmortal, para que tú determines tu propia forma con perfecta libertad y, como honroso escultor y poeta, escojas para ti mismo la forma bajo la cual quieres vivir. Eres libre de degenerar hasta el mundo inferior de los animales. Y eres igualmente libre de elevarte al mundo superior de lo divino por la decisión de tu propio espíritu.<sup>10</sup>

Este joven, extraordinariamente bello y bien dotado en muchos aspectos, decidió a edad temprana elevarse a lo divino apoyándose en sus propias fuerzas, cuando estudiaba en Bolonia y París todo el canon de disciplinas, empezando por la teología y la filosofía, pasando por la medicina, la música, la matemática y la arquitectura, e incluso por la cábala y un poco de alquimia. Tenía acceso a las cortes de Europa y era considerado un prodigio. En su juventud volaban hacia él los corazones de las mujeres y de los hombres. A este donjuán con aura de inocencia y castidad acudía la gente para que le explicara la esencia del amor platónico. Su rostro, «radiante por el reflejo de lo divino», es descrito como «grande y bien formado». <sup>11</sup> En su pensamiento y sus discursos se reflejaban alternativamente todos los objetos, y se realizaba la gran unión intelectual de todo con todo, anticipando lo que Hegel más tarde calificará



como una «bacanal en la que no hay miembro que no esté ebrio».

Entre sus títulos de nobleza figuraba el de conde de la Concordia, que encajaba con sus intentos de reconciliar entre sí las grandes religiones. Al principio se limitaba a cultivar la interioridad del espíritu, sin llegar a ser propiamente religioso en el sentido cristiano. Para ello, este hombre amistoso, risueño y exaltado carecía de la conciencia de pecado. La lógica le decía que era disparatado que una falta finita tuviera como consecuencia un castigo infinito. Un dios que permitiera algo semejante no sería Dios. El joven corrió el riesgo de ser perseguido como hereje. Lorenzo de Médici le ofreció protección en Florencia. En sus últimos años de vida se hizo más fuerte en su persona el espíritu monacal. Le impresionaba Savonarola. Quemó su poesía amorosa y legó su fortuna a una fundación para financiar el ajuar matrimonial de muchachas necesitadas. Él mismo no se casó y, poco antes de su temprana muerte, quiso entrar en la Orden de los Dominicos. Pico della Mirandola, esta brillante aparición en el escenario del Renacimiento, al final se hizo humilde, algo infrecuente en el mundo de los artistas y humanistas, en el que dominaba el nuevo afán de ser un yo. Era plenamente consciente de ser un individuo singular, pero no hacía mucho ruido por esta causa.

En el pasado los artistas desaparecían en sus obras, ahora salen de ellas, celebran su visibilidad y se convierten ellos mismos en objeto de veneración. Aparecen biografías de artistas; la primera está dedicada a Brunelleschi. Una generación más tarde, Vasari narrará el transcurso de la vida de los artistas renacen-

tistas como si fueran leyendas de santos. Nunca antes habían sido requeridos de esta forma los artistas, ahora representantes del yo crecido. Las casas dominantes y los banqueros pugnan por ellos. Los precios en el mercado artístico son atractivos, pues el Vaticano está dispuesto a pagar cualquier cantidad. Los di-vos entre los pintores viven como príncipes, y en sus estudios disponen en serie los cuadros que han tenido éxito y los motivos de sus pinturas. Quien puede permitírsele se hace retratar o grabar en cobre. El mercado queda inundado de retratos en pintura, de gemas, monedas y medallones. Se buscan los perfiles vigorosos y los rasgos de la cara fuertemente expresivos, que han de ser inconfundibles, individuales.

Reina un sentimiento de superioridad sobre el limitado arte de caracterización de siglos anteriores, que se conformaban con la doctrina de los cuatro humores y los cuatro temperamentos (colérico, sanguíneo, melancólico y flemático). Se necesita más para hacer justicia a la singularidad.

Jacob Burckhardt habla del «velo [...] tejido con fe, infantilismo y delirio»<sup>12</sup> que soplaba en el ambiente y dejaba libre la mirada para la singularidad claramente aprehendida y la individualidad. Pero esta evolución había comenzado ya con el surgimiento de la corriente nominalista en la tardía Edad Media: lo que existe es individual. Hay solamente singularidades. En ellas está contenida toda la plenitud de lo real, que no se da en los conceptos, en el «*nomen*», sobre todo cuando se elevan hasta las catedrales de la especulación. El nominalista Duns Escoto usó la expresión «*haecceitas*» para designar lo verdaderamente real, o

sea, lo individual, el hecho de ser «esto aquí», el algo en su singular punto de espacio y tiempo. Junto a Dios, estas singularidades en su plenitud son el auténtico prodigio; entre ellas se mueven nuestros conceptos, que no bastan para comprender a Dios, y apenas llegan a las singularidades. Los nominalistas iban tan lejos que socavaban las doctrinas eclesiásticas, no en el sentido de que negaran a Dios, sino en el de que este solo puede ser creído y no comprendido. Es mejor dejarse aprehender por él que intentar comprenderlo. Y ¿qué puede hacer el entendimiento? Ha de dirigirse a las cosas particulares y a las experiencias que se hacen con ellas. Singularidad y experiencia son dos dimensiones que a partir de ahora van juntas. Leonardo da Vinci anota en el *Diario filosófico*:

Se dice que el conocimiento engendrado por la experiencia es puramente de artesanía, y solo es científico el que surge y termina en el espíritu [...]. Sin embargo, me parece que son vanas y están llenas de errores aquellas ciencias que no han nacido de la experiencia, la madre de toda certeza, o no terminan en una experiencia conocida.<sup>13</sup>

Basta un caso particular que hable contra la teoría y se derrumba toda la construcción de lo universal. Este empirismo rigurosamente refutable distingue a Leonardo da Vinci de los humanistas, el otro movimiento intelectual que sobresale en la época del Renacimiento.

Un artista, científico e ingeniero como Leonardo miraba al mundo; en cambio, los humanistas sobre

todo leían en sus libros y escribían sin cesar nuevos libros filológicos, filosóficos, polémicos. Surgió un mundo literario casi moderno, con sus luchas por crear un perfil propio y sus maniobras para representarse a sí mismo, con una laboriosidad polémica inédita en el pasado. Se abrió paso el propósito de delimitarse, se buscaba la diferencia a todo precio. El nuevo afán de ser un yo se hizo inventivo. Con los humanistas, después de los sofistas en la antigua Atenas, aparece de nuevo el tipo del intelectual, que lucha individualmente por el rango y el prestigio, pero en general permanece en posiciones dependientes, con lo cual se produce una tensión difícil de soportar, que tiene como consecuencia un resentimiento latente. Eso explica el frecuente tono irritado, polémico, entre los que compiten por el reconocimiento.

A pesar de la escrupulosidad exagerada que a veces abunda entre los humanistas, ellos tienen el mérito de haber aportado el librepensamiento frente a los mundos de la fe religiosa. La vida es suficientemente complicada, no habría que añadirle una sobrecarga con la religión; ella ayuda y trae un alivio; este es el núcleo del mensaje de Erasmo de Rotterdam en su libro *Elogio de la locura*. Ese humanismo podía ser realmente una fuerza que daba alas al relajamiento y a la condescendencia. «¿Amará al otro el que se odia a sí mismo?»,<sup>14</sup> es una de las frases más sabias de este libro tan leído entonces.

Pietro Aretino no pertenecía al círculo propiamente dicho de los humanistas, pero utilizó el medio de la autorrepresentación que aquellos habían creado. Era un satírico, panfletista y periodista muy leído. Escribió

novelas pornográficas y leyendas de santos; era también filósofo y crítico de arte, un virtuoso en el ámbito del poder de lo público, un presentador de sí mismo que no temblaba ante la violencia. Amenazó a Miguel Ángel con arruinarle la vida pública y desenmascarar su homosexualidad si no le confiaba algunos esbozos de la Capilla Sixtina. Los poderosos temían su pluma; el emperador Carlos V y el rey Francisco I de Francia le concedieron diversas pensiones; y un sultán le regaló una hermosa esclava. Mantenía contacto con muchas personas que le podían ser útiles; era una auténtica fuente de noticias. Algunos le pasaban a escondidas informaciones o calumnias que querían ver utilizadas contra otros. Estaba dispuesto a cualquier intriga pública con tal de que le pagaran. No se avergonzaba de la obscenidad, pero esta había de ser prudente y tener buen estilo. Escribe:

Me parece que deberíamos llevar alrededor del cuello como colgante o como medallón en el sombrero aquella cosa que la naturaleza nos da para la conservación de la especie [...]. Es la fuente del género humano, la ambrosía del mundo entero. Me ha creado a mí, que no soy de cartón, y trajo al mundo hombres como Bembo y Molza [...] Tiziano, Miguel Ángel y, después de estos, los papas, los emperadores, los reyes [...]. Por eso deberíamos consagrarle fiestas y vigiliass, y no envolverlo en paños y seda. En lugar de eso deberíamos cubrir nuestras manos, pues ellas dilapidan el dinero, dan fe de falsos juramentos, participan en la usura, arrastran y desgarran, dan puñetazos, hieren y matan a golpes...<sup>15</sup>

Impresionaba en Aretino el que a él no le impresionaba nada, su ausencia de miedo, el hecho de no humillarse y actuar sin orgullo de confesor, sin el «aquí estoy yo y no puedo de otra manera» (Lutero). Lo cierto es que siempre estaba en condiciones de actuar de otra manera, con astucia y lleno de intrigas. Amaba el gran escenario, pero también las escaleras de atrás. Quería ser amado, y también temido. «Soy realmente un hombre terrible», decía acerca de sí mismo.<sup>16</sup> Y Tiziano lo caracterizaba como un condotiero de la pluma. Aretino corresponde a la imagen renacentista de un «gran hombre», versado en los juegos del placer y del poder, un hombre al que no se le esfumaban el oír y ver, un empirista de pura cepa, como Leonardo. Hablaba con desprecio de «aquel uso sucio que quiere convencer a los ojos de que no vean lo que miran con gran placer».<sup>17</sup>

Aretino se hizo a sí mismo. Su origen social era muy bajo; nació en Arezzo, donde ya en tiempos de su vida la gente enseñaba la humilde casa natal del ya famoso. Siendo un muchacho se fue a Roma, y al poco tiempo ya se había dado a conocer en todas partes, en las fondas, en los bodegones, en los talleres de los pintores y en los palacios de los prelados y cardenales. Cuando murió su protector, Giovanni de Médici, se trasladó a Venecia. Allí vivió treinta años, convertido al final en un cortesano en un palacio del Gran Canal. Desde allí disparaba sus flechas, pero no contra los señores de Venecia, por razones comprensibles, pues quería permanecer en la ciudad, donde tan bien se encontraba.

Aretino era un maestro del descubrimiento y del desenmascaramiento, como Rabelais, su coetáneo y

admirador un poco más joven. No descansaba hasta que se evaporaba todo el velo de fariseísmo moral y rebuscamientos devotos. Quería ver las relaciones desnudas, para placer suyo y del público. Prefería el realismo carnavalesco, que no se deja inducir a la credulidad y ya con ello demuestra una fuerza individualizadora. La ilusión socializa, el realismo singulariza. Solo el que sabe ampararse en sí mismo opone resistencia a las imágenes engañosas de la sociedad. Lo que comparten la mayoría son siempre los lugares comunes.

Maquiavelo (1469-1527) es otro ejemplo brillante del frío realismo referido a la política, que se debe a la singularización y es demasiado prudente para tomar la moral y la religión en su valor nominal. Era hijo de un jurista y un espíritu ampliamente formado, y entre 1498 y 1512 ocupó altos cargos en Florencia. Era la época en que se había interrumpido el dominio de los Médici. Con el regreso de estos, cayó en desgracia y fue acusado de participar en una conspiración contra ellos. Pasó en prisión varios meses, fue torturado y al final recuperó la libertad. Entonces se retiró con su familia a una pequeña finca cerca de Florencia. Su refugio eran los libros, sobre todo los clásicos latinos. En sus intensas lecturas de estos escritos, enfocadas a la aplicación práctica, y en su experiencia política encontró la materia para sus propias obras, que solo después de morir le dieron fama europea. En una carta a un amigo describe su vida en el campo cuando escribió *El príncipe*, una obra que pensaba dedicar a Juliano de Médici, amo y señor de Florencia en ese momento, con la arrogante esperanza de

que podía serle útil. Es decir, el aislado y despojado de poder cree que puede dar lecciones al poder. Dice en la mencionada carta que pasa sus días con los viñadores, los leñadores, y en la taberna con los artesanos del pueblo.

Así, revolcándome en lo ordinario, levanto la cabeza del polvo y muestro a mi destino su bajeza. Al atardecer vuelvo a casa y voy a mi estudio; en el umbral arrojo el sucio vestido cotidiano, me pongo un traje regio de cortesano y, tan adecuadamente vestido, entro en los pabellones de los hombres de la antigüedad, que me acogen con cariño; y allí me nutro del único alimento que es adecuado a mí, del alimento para el que he nacido. Entonces puedo hablar con ellos sin miramientos [...] olvido toda preocupación, me tiene sin cuidado la pobreza y ya no temo a la muerte.<sup>18</sup>

Confiesa que su libro sobre el poder de los príncipes ha surgido del entretenimiento imaginario con los grandes gobernantes y sabios del pasado. Dice que quería investigar sus últimos fines. Y ¿cuál es el fin último? Maquiavelo responde: el fin del poder es el poder mismo. Esta tautología es el secreto del poder, que de todos modos solo se comprende cuando uno se inmuniza frente a la ilusión colectiva, frente a las ilusas esperanzas y expectativas depositadas en el poder. Ello solo es posible con dos condiciones. O bien estoy fuera como individuo singular, es decir, sin que me cautive la ilusión, o bien estoy en el centro del poder, en aquel espacio blindado de la apertura cínica.



Maquiavelo, aislado y carente de poder, intenta ahora dialogar con el poder en medio de la apertura cínica. Por eso al principio no quería publicar aquel libro. Se habla en él de escenario, engaño, inducción al error, pero no como temas de desenmascaramiento desde abajo, sino, vistos desde arriba, como instrumentos necesarios del poder, que han de utilizarse con habilidad. El poder es posible porque los seres humanos quieren ser engañados, y es necesario porque estos tienden al mal y solo pueden refrenarse a través de la fuerza. La fuerza de la costumbre y el buen gobierno pueden conseguir que los súbditos desarrollen cierta dependencia de los que detentan el poder y, favorecidos por épocas de paz, incluso desarrollen virtudes civiles. En esta situación pueden surgir aquí y allá repúblicas, pero de tal manera que coloquen por encima de todo la conservación de la soberanía del Estado. En otro lugar aclara que ellas no han de orientarse primariamente por el bienestar de los ciudadanos, sino por la conservación de la soberanía del Estado hacia dentro y hacia fuera. La arena histórica de los Estados y poderes, que se hallan en una disputa eterna entre sí y combaten por la propia afirmación, es para Maquiavelo un horizonte insuperable.

El pensamiento individualista del Renacimiento descubre en el mundo de los Estados un individualismo de segundo orden. La tradicional cúpula de poderes, el imperio y el papado, siguen tomándose en consideración, pero han perdido su significación carismática de un orden superior. En la competencia de los poderes reina un nihilismo desnudo. Nin-

guna cúpula celeste cubre estos poderes terrestres referidos a sí mismos, que no sirven a ningún Dios, a ningún valor «superior».

Y, sin embargo, la religión desempeña una función importante. Maquiavelo se manifestó sobre ello en los *Discursos*. La religión, escribe, es para el soberano prudente «una realidad indispensable de cara a la conservación de la sociedad».<sup>19</sup> Los que detentan el poder no tienen por qué creer ellos mismos, pero han de hacer que los otros crean. Para esto es mejor un escéptico espíritu sin piedad, pues él no deja que su juicio se empañe por una ternura cristiana. Maquiavelo dice que esta elevó «a los hombres humildes y contemplativos más que a los enérgicos [...]. Parece ser que esta manera de pensar ha debilitado al género humano».<sup>20</sup>

Algunos necesitan una religión para sus virtudes, un espíritu orgulloso como Maquiavelo en definitiva no la necesita. La extrae de sí mismo, la ve suficientemente fundada en sí mismo, en su singularidad.

Pero no olvidemos que Maquiavelo, incluso en posición de fuera de juego, siguió siendo miembro de una comunidad urbana culturalmente brillante y vital, que no necesitaba tomarse muy en serio la bendición celestial. Pero también existía el desamparo moral. Jacob Burckhardt describe cómo los habitantes de las ciudades habían de contar siempre con la posibilidad de ser víctimas de un delito. Pero no dominaba ningún clima de miedo, a diferencia de lo que en ese mismo tiempo sucedía en Alemania. Aretino se burla del «Juicio universal» de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, al que tilda de ser un pusilánime intento de infundir miedo.

La vida urbana, con la variedad de las individualidades en competición, bullía de vitalidad. Se puso en marcha una enorme dinámica de autoafirmación y de elevación de uno mismo. Lo que no excluía manifestaciones de signo contrario, con éxtasis e histerias provocados por la mala conciencia; proliferaban los delirios de los penitentes y los moralismos aparecían periódicamente. Es lo que sucedió durante los cuatro años de gobierno de Savonarola, el sombrío abad de San Marco. Hartos de él, sus seguidores lo llevaron finalmente a la hoguera, antes de volver a venerarlo.